

La Ceremonia del Adiós



Luis Sánchez
Latorre

Eché de menos un responso religioso en los funerales de Mister Huifa. O un aplauso. A los buenos actores los aplauden en la representación final. Confieso humildemente que deseaba improvisar unas palabras en la tribuna de los oradores en el momento de la despedida. Se juntaron tres o cuatro generaciones de admiradores en la ceremonia del adiós. No sólo viejos pedaleros, antiguos boxeadores, futbolistas, atletas, ex militantes en las filas del gran Liceo Amunátegui, que el próximo año cumplirá un siglo, lo acompañaron. Caballeros de todas las edades, muchos de tiempo avanzado, que alguna vez fueron vanguardia, formaron tumulto alrededor de la urna en que reposaba Mister Huifa.

En general, para los octogenarios, hay, si no un franco mohín de indiferencia, un dejo de olvido.

—Ah, murió fulano. Una lástima...

Y pasemos a otra cosa.

Yo quería para mí, con toda sencillez, un pedacito de Mister Huifa. Mis razones: lo conocí, trabajé con él —yo en la crónica, él en deportes— cuando las oficinas eran virtualmente comunes. Y no un año ni dos. Desde 1947 hasta el 56 ó 57 en que, contra sus propósitos, se jubiló. Fui amigo de su hermano, Walterio González, también cronista deportivo, pero esencialmente cultísimo señor del culto de la noche. Walterio, o Gualterio como escribía a veces su nombre, murió muy joven. Tenía porte y maneras de noble inglés. Había trabajado en la prensa argentina y había compartido la bohemia, con la flor y nata de la ilustración de Buenos Aires.

Dormía de día. De Walterio González podía de-

cirse en propiedad lo que se había dicho alguna vez de Enrique Gómez Carrillo:

—Aquella tarde se había levantado temprano.

En sus "Memorias", que yo recuerde, Mister Huifa casi no habla de Walterio. Habla, eso sí, del barrio Yungay, donde discurrió parte de su infancia y de su juventud. En el volumen de "Memorias" que le publicó la Editorial "La Noria" en 1986, Mister Huifa diseña con pluma fácil, suelta, con vena de fluido narrador, como Roberto Arlt, el ámbito de los años 20 en las vecindades de la Plaza Yungay. Augusto d'Halmar, en "Juana Lucero", según apunta mi ilustre colega, el prebendado Fidel Araneda Bravo, eludió hasta cierto punto, acaso por excesiva adhesión a su leyenda nórdica, la pintura a fondo de aquellos lugares. En su obra "Crónicas del Barrio Yungay" (Santiago, 1972), Fidel Araneda Bravo recoge en todos sus ricos detalles la formación de la "ciudadela" que cobijó a los Portales, a Sarmiento, a Domeyko, a los Rossetti, a D'Halmar, a Edwards Bello, a Jorge Millas, a los Niemeyer, en fin.

En el cementerio registré ese afán irreprimible del hombre arcaico por adueñarse de las virtudes superiores del difunto. Lo mismo ocurrió en los funerales de Matilde Urrutia de Neruda. Un partido político la expropió ante la vista asombrada de amigos y deudos.

Mister Huifa, más allá de jubilaciones y cambios de diarios, se distinguió por una cualidad rara en el periodismo de nuestro tiempo: escribía.

Digno de mérito.